

EL “BUEN SAMARITANO” COMO MODELO DE FRATERNIDAD UNIVERSAL

Lic. Hernán Gutiérrez

(síntesis)

“La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús”. (EG 1) Así comenzó el Papa Francisco su Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* a los pocos meses de iniciar su pontificado, dirigiéndose a los cristianos.

Ahora, en su Carta Encíclica *Fratelli tutti*, invita a toda la humanidad a tomar una parábola de Jesús en el relato del evangelista Lucas (Lc 10, 25-37) como modelo de fraternidad universal.

¿La alegría de la Buena Noticia habrá llenado el corazón y la vida de aquel doctor de la ley que, con su intervención, motivó la parábola?

La parábola del samaritano pertenece a la tradición judeocristiana, trascendiéndola como modelo de humanidad para todos.

Propongo leer la invitación del Papa Francisco de tomar al buen samaritano de la parábola de Jesús, a la luz de tres propuestas que nos hace Francisco en *Evangelii Gaudium*: la cultura del encuentro, la revolución de la ternura y la salida a las periferias existenciales.

En *Fratelli tutti*, el Papa Francisco comienza describiendo “las sombras de un mundo cerrado” (cfr. Capítulo Primero). Sin embargo, cierra ese capítulo con una invitación a la esperanza:

“Invito a la esperanza... La esperanza es audaz, sabe mirar más allá de la comodidad personal, de las pequeñas seguridades y compensaciones que estrechan el horizonte, para abrirse a grandes ideales que hacen la vida más bella y digna». Caminemos en esperanza.” (55)

Luego de esa descripción y la invitación a la esperanza, propone la parábola del samaritano como “luz en medio de lo que estamos viviendo” (56).

El doctor de la Ley se acerca a Jesús para “saber” lo que debe hacer para “heredar” la vida eterna. Jesús lo invitará a transformar ese saber en hacer y ese heredar, poseer, asegurarse, en entregar y entregarse. El doctor de la ley busca trazar una línea entre “prójimos” y “no-prójimos”; Jesús lo invita a cruzar esa frontera, a borrarla. No hay prójimos en abstracto, sino personas a quienes “aproximamos”, aproximamos con nuestras actitudes de amor.

Para eso se vale de la parábola. Todos viajeros, salvo el posadero: los salteadores, el hombre asaltado y lastimado, el sacerdote, el levita, el samaritano.

“La parábola comienza con los salteadores... Hemos visto avanzar en el mundo las densas sombras del abandono, de la violencia utilizada con mezquinos intereses de poder, acumulación y división.” (71) Abandono y violencia son dos factores que destruyen la fraternidad, “un deseo mundial de hermandad” (8).

El centro sobre el que giran todos los personajes es el hombre tirado medio muerto al costado del camino, “el abandonado” (63-68).

Abandonados son las personas del “no” o del “sin”: no tienen dignidad, sin atención, sin respeto por sus derechos, sin amor, no tienen identidad, son anónimos.

Al final del relato, aparece cuidado, atendido, protegido. El “medio muerto” aparece ahora con vida.

El sacerdote y el levita ven al hombre caído y herido y deciden dar un rodeo y seguir su camino. No los ha movilizad el dolor de aquel hombre. Quizás anteponen las normas de pureza; quizás creen que es deber de otros atenderlo; quizás piensan que

“no hay nada que hacer” porque “está medio muerto” (v. 30). Francisco nos señala que “en los que pasan de largo hay un detalle que no podemos ignorar: eran personas religiosas” (74). Aquellos hombres religiosos inician el relato probablemente como modelos para los oyentes judíos, pero lo terminan como “aliados secretos” de los ladrones (cfr. 75).

El samaritano es el mestizo despreciado por judíos y galileos. ¿Qué hará en esta escena? ¿Qué habrán pensado los oyentes de Jesús? Aquel hombre lo vio y se conmovió... se acercó y vendó sus heridas, cubriéndolas con aceite y vino; después lo puso sobre su propia montura, lo condujo a un albergue y se encargó de cuidarlo” (vv. 33-34).

El samaritano termina el relato como modelo de fraternidad: “Ve, y procede tú de la misma manera” (v. 37).

Los personajes de la parábola y el doctor de la ley se transforman a lo largo del relato de Lucas, a partir de sus acciones o sus omisiones; cruzan fronteras simbólicas.

Esta es la propuesta que nos hace el Papa Francisco al invitarnos a releer la parábola del samaritano: “Ante tanto dolor, ante tanta herida, la única salida es ser como el buen samaritano. Toda otra opción termina o bien al lado de los salteadores o bien al lado de los que pasan de largo, sin compadecerse del dolor del hombre herido en el camino” (35).

Esta parábola es un itinerario pedagógico del amor caritativo (ágape), como el que propone Marcos en su Evangelio en aquel versículo paradigmático: “Al desembarcar, Jesús vio una gran muchedumbre y se compadeció de ella, porque eran como ovejas sin pastor, y estuvo enseñándoles largo rato” (Mc 6, 34). Desembarcar, ver, compadecerse y actuar.

En *Evangelii Gaudium*, Francisco sostiene que “el Evangelio nos invita siempre a correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro” (88) y nos invita a “desarrollar una cultura del encuentro en una pluriforme armonía” (220). Propone que “aceptemos de verdad entrar en contacto con la existencia concreta de los otros y conozcamos la fuerza de la ternura” (270). Para eso es imprescindible comprender que “todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio” (20).

Salida a las periferias existenciales, cultura del encuentro y revolución de la ternura para lograr una fraternidad universal.

“Ojalá que al final ya no estén «los otros», sino sólo un «nosotros»...” (FT 35).